

VEPO

Cuando decidí ser escritor, supe que lo primero que necesitaba era el gato.

Esta condición se me había revelado indispensable mucho tiempo atrás, con aquella frase redonda y contundente de Soriano: *“Un escritor sin gato es como un ciego sin lazarillo”*.

Yo todavía no era escritor; a decir verdad, aún no había escrito nada que pudiera siquiera remotamente juzgarse como literatura. Sin embargo, contaba en mi haber con un puñado de publicaciones en el diario local que invariablemente reciclaban los artículos de los periódicos “serios”. No me enorgullecía de estos pseudoejercicios periodísticos, pero los aceptaba con resignación, confiando en que eran un entrenamiento obligado que me permitiría avanzar hacia esferas más elevadas de la palabra.

Sin dudas, tener un felino como mascota era un requisito básico para acceder al sofisticado universo literario. Decidido a formar parte de ese mundo, emprendí con ansiedad la búsqueda de mi musa inspiradora.

Y la misma tarde en que salí, sin rumbo claro, a recorrer las calles en busca de mi lazarillo, encontré al bigotudo ser que parecía haber sido creado a mi imagen y semejanza.

La polidactilia hubiera sido un detalle fascinante, pero tal vez era demasiado pretencioso querer hallar un gato que emulara en todos sus detalles a la mascota de Hemingway. Inmediatamente invité a mi modesto Snowball de cinco dedos a conocer la casa, y procuré atender todos los detalles necesarios para que se sintiera cómodo. Al atravesar la puerta, bastó un sutil cruce de nuestras miradas —la suya, de un rasgado verde oceánico; la mía,

borrosa y lejana detrás del grueso par de cristales— para que quedara sellado el tácito pacto ancestral.

No podría contar cuántas noches me acompañó en silencio. Los torpes esbozos que yo descartaba con frustración se transformaban, una y otra vez, en divertidos bollitos blancos que el gato empujaba por toda la sala.

Dormíamos larguísimas horas, casi no conocíamos la mañana. El día era no era más que un *intermezzo* redundante y estéril. Luego, la oscuridad nos guiaba ciegamente a nuestros puestos, para tomar nuestros mandos y abocarnos al esfuerzo que nos conduciría a concretar la misión.

En las noches brillantes, inspiradas, geniales, no había blanco inundando la sala: mis dedos se movían velozmente, intentando contener el vasto caudal de palabras, ideas, argumentos y conflictos que me desbordaban como un magma imparable. El gato exultante dibujaba ochos detrás de la máquina y celebraba mi virtuosismo con un ronroneo esotérico, la cola erguida, los ojos entrecerrados, el dorado de su pelaje refulgiendo en la oscuridad. Juntos atravesábamos el delicioso trance de la creación, rebosantes de orgullo y adrenalina, hasta que los primeros sonidos de la madrugaba señalaban la hora exacta en que, con el orgullo de un guerrero persa, él emprendía su retirada triunfal.

A los pocos meses de haber invitado al gato a compartir mi morada, reparé en el detalle de que no le había puesto un nombre. Menudo dilema me tocaba enfrentar entonces.

Era evidente que mi gato no podía tener un nombre común, por eso quedaba automáticamente descartada cualquier terminación en diminutivo. Ni Manchita ni Colita ni

Chiquito: mi gato debía hacer honor a la investidura de animal sagrado que se le había otorgado en el Antiguo Egipto. De hecho, un nombre egipcio le hubiera sentado fantásticamente a su estilo exótico, pero todos los que barajaba me parecían excesivamente rebuscados y altisonantes... Rápidamente, descarté esta opción.

Beppo.

Era un nombre maravilloso.

Refinado, pero simple. Sofisticado, aunque breve. Cadencioso. Fonéticamente universal.

La articulación bilabial de las consonantes marcaba, al inicio, la sutil grieta a través de la cual se adivinaban los misterios de un ser enigmático, para luego revelarse por completo con una delicada explosión. Las vocales abiertas marcaban los rasgos de una personalidad imponente.

Beppo.

Pero así se llamaba el gato de Borges. Y bautizar a mi gato con el nombre que aquel genio había elegido para su mascota me resultaba un acto de inexcusable arrogancia. Desorientado, comenté la cuestión con mi madre.

— ¿Beppo? Ajá, no, por lo de Borges. ¿Y si le ponés Beto? Es lindo...

¡Cómo explicarle la abismal diferencia que un solo sonido era capaz de marcar! Me pareció exagerado abocarme a una larga explicación en la que Lord Byron se entreveraría con la

Pepona Rinaldi; y entonces traté de simplificar mis argumentos enfatizando el hecho de que buscaba un nombre más distinguido, menos familiar.

— Y bueno, si querés un nombre formal, ponele Alberto, porque si a alguien le dicen Beto, es porque se llama Alberto. Como mi vecino.

Naturalmente, mi gato de ninguna manera se llamaría Beto ni Alberto, como tampoco lo hubiera bautizado Cacho para decirle Oscar cuando quisiera reprenderlo. Sin embargo, el recurso de reemplazo de consonantes no era una mala idea.

Así fue como decidí llamarlo Vepo. Sobre el papel, no era más que una versión sin pretensiones de otro nombre exquisito. Pero al pronunciarlo, los sonidos caían de mi boca con una indecible prestancia, y se desgajaban lentamente con la sobria distinción de los grandes.

Sin duda, ese era el nombre perfecto, que conjugaba sencillez y grandeza: Vepo.

Un código cómplice con el que nos entendíamos desde el silencio, un diálogo mudo: Vepo y yo formábamos un dúo, un equipo cuyos engranajes perfectamente sincronizados giraban infinitamente sin el menor esfuerzo. Y nuestra amable y gozosa comunicación se traducía en un sereno fluir de ideas que, noche tras noche, enhebrábamos con paciencia.

Mi producción era cada vez más aceptable, y de disimular refritos en los modestos diarios locales pasé a colaborar con publicaciones de renombre. Mi trabajo se lucía en páginas cada vez más prestigiosas, y los editores empezaban a requerirme: las suaves almohadillas rosadas de Vepo parecían comenzar a marcar pisadas en el intrincado camino hacia el éxito.

Ya en nuestro primer encuentro sentí que Su mirada penetraba, inquiría, examinaba, arrasaba.

Muy atrás de los cristales, mis ojos temerosos se esforzaban por resistir, por no claudicar, por no replegarse ante las filosas flechas negras que se disparaban en todas direcciones. Me sentía incómodo y torpe, y mi conversación —la palabra, única arma de que me había dotado la naturaleza para poder captar alguna atención entre las mujeres—, perforada a cada instante por una nueva y oscura punta afilada, no lograba mantenerme a flote.

Sin embargo, pese a mi incomodidad y al inocultable fracaso de nuestro intercambio, Ella quiso que nos volviéramos a ver.

No recuerdo cuántos cafés, cuántas películas, cuántos paseos después pronuncié, sin el menor rasgo de espontaneidad, la frase ensayada frente al espejo:

— Estoy enamorado de vos. Vení a vivir a casa.

Ya no temía a sus envenenados disparos: cada vez más, anhelaba convertirme en el objeto atravesado por sus pupilas, ser el blanco elegido por sus ojos certeros. Su fría electricidad me había cautivado, y solo ansiaba recibir la mezquina atención que su cuerpo estuviera dispuesto a concederme.

Pronto Ella se instaló en nuestra casa.

Vepo, prudente primero y lejano después, no celebró su llegada. No pude evitar preguntarme si el sabio instinto del gato adivinaría algún peligro en aquella decisión.

Tras la mudanza, la pareja atravesó un brevísimo idilio adolescente y falaz. Sin embargo, la excitación inicial no pudo postergar el conflicto, y la convivencia aniquiló ferozmente toda fascinación.

Casi sin darnos cuenta, Vepo y yo nos fuimos sumiendo en un estricto régimen profundamente ajeno y despojado de toda mística. Pronto se corrieron las agujas del reloj, nos encandiló el sol de la mañana y debimos iniciar, obedientemente, una rigurosa abstinencia de tabaco y alcohol.

“Tres son multitud”, me asestaba sabiamente mi madre una y otra vez, en obvia alusión a la escasa afinidad entre Ella y Beto. Me ofuscaba que confundiera Vepo con Beto; no podía tolerar que vilipendiara a mi gato llamándolo por un nombre vulgar. Pero aun cuando mi enojo era genuino, más de una vez monté una discusión exagerada para evitarme la vergüenza que me causaba tener que responderle con honestidad.

Paulatinamente, Vepo comenzó a transformarse en una presencia irritante y superflua contra quien Ella desgranaba interminables quejas: el animal perdía el pelo y abandonaba supuestos mechones amarillos y repugnantes en todos los rincones de la casa. Semejante bicho antihigiénico no podía seguir conviviendo con nosotros; debíamos enviarlo a dormir a la piecita del fondo.

Bastó escucharla terminar esa frase para que mi estómago se enroscara en un apretado nudo que me ahogaría durante meses. Intenté esgrimir una débil defensa: cómo podría dormir Vepo en esa covacha húmeda, si él siempre había descansado sobre su almohadón de emperador chino, en un rincón cálido, cerca de la estufa.

Pero qué importaba Vepo. Y qué importaba yo.

Una a una, fui perdiendo todas las batallas. Cada día, Vepo era denigrado con nuevos desprecios y agravios, y yo era un pusilánime, un impotente, un imbécil incapaz de protegerlo. Mi fascinación por Ella y la imposibilidad de contradecirla habían empujado a Vepo a su infausta situación, y yo lo había abandonado. Lo había traicionado.

Con todo, mis incontables esfuerzos por ser de Su agrado solamente lograban azucarar el enojo, y me fui transformando en el monstruoso depositario de su repulsión y su disconformidad. Me sentía denostado, detestado, indigno, y así me volví un fantasma ebrio y repugnante que solo merecía su desprecio.

No pude aliarme a las palabras para dar batalla. Sin ejército ni armas, me sentí desvalido e incapaz hasta de esbozar mis deseos: las palabras, antes mis incondicionales aliadas, me habían dejado solo ante tamaña traición. Pronto, la frágil nave solitaria se extravió entre bravías corrientes de alcohol que confundían días y noches, palabras y silencios, realidad y delirio, animales y humanos.

Ella se fue azotando la puerta. Sentí la descarga helada que recorrió, con fuerza avasallante e implacable instinto, cada rincón de la casa.

Era natural, ¿quién podría querer esa vida? ¿Quién podría tolerar a un perdedor, un alcohólico mediocre y frustrado cuya gris existencia solo se ve alterada por las patéticas intervenciones de un gato ridículo? ¿Quién podría sentir siquiera simpatía por un triste escritor fracasado cuyo cerebro saturado de alcohol se ha secado de ideas?

El frío sirvió para despabilarme un poco, y con esfuerzo logré despegarme del piso, incorporarme, caminar hasta el espejo. Y como Beppo, el de Borges, me alejé espantado del vidrio grasiento. No reconocí la figura que me devolvió el cristal. No, no era mío ese rostro.

En el contestador explotan reclamos y amenazas. Algunos me propinan insultos y me llaman estafador. Tengo que escribir, tengo que llenar todas esas páginas antes de la madrugada. Pero estoy devastado, abatido, no encuentro fuerzas para intentar el perdón de las palabras. A mi lado está Vepo, me pregunto si él aún me acompañará.

Intento escapar del repugnante charco de sudor en el que me retuerzo desde hace horas, vuelvo a buscar mi cara en el espejo. El vidrio empañado me asesta con crudeza un gesto de dolor, de espanto, de soledad, de muerte.

El gato recorre mi cuerpo tendido en el piso. Intenta sacudirme, captar mi atención. Quiere que despierte para volver a las noches de éxtasis, al goce de nuestra antigua rutina, a hilvanar juntos personajes, tiempos, lugares. Debo reconocer que las mejores ideas eran suyas: era Vepo el inspirado, el iluminado, la mente brillante que solo necesitaba servirse de mi brazo ejecutor y mis manos hábiles. Yo era un falso protagonista que vanidosa y egoístamente estampaba su nombre en cada obra. Pero ya lo he dicho a todos los que me insultan desde el tonto aparato: no soy un mentiroso, no soy un estafador. Voy a cederle el lugar esta vez, voy a correrme del centro de la escena. Es sabido que Chandler insinuó la mágica posibilidad de que los gatos de los escritores fueran los verdaderos dueños del genio

creativo: voy a dejar que Vepo, mi leal *partenaire*, mi amigo genial, expulse a los fantasmas blancos que me agobian y llene esas páginas con sus sabios secretos ancestrales.

Son las cinco, o las ocho. El teléfono vuelve a sonar, alguien dice que pasará a buscar el material dentro de media hora.

Vepo busca darme calor frotándose contra mi brazo. Los ojos verdeocéano que miran atentos me transmiten serenidad y confianza. Me dicen que no me guarda rencor, que no estoy solo, que aún cuento con su tibio cariño incondicional. A lo lejos, suena el timbre.

Tratando de reconfortarme, el gato se frota contra mi cuerpo inerte cada vez con más energía. Se refriega contra mis piernas, busca mis ojos, recorre mi espalda rasgándola delicadamente con las uñas filosas. Detrás de la puerta, alguien insiste una, diez, mil veces. Entonces comprendo el mensaje que Vepo intenta transmitir con sus frenéticas caricias: no debo preocuparme por los fantasmas blancos, ya se ha ido el monstruo del espejo. Solo tengo que buscar un rincón cálido y elegir un almohadón mullido, como de emperador chino, para hacerme un ovillo y dormir.

Antonia Aguirre